

# 1

## *Corriendo*

**L**os latidos de mi corazón marcaban el ritmo de mis pasos.

Central Park estaba cubierto de blanco. A pesar de la calma que reinaba en el parque, yo era consciente en todo momento de la ciudad que se extendía alrededor, como una enorme mano abierta con un pedacito de verde en medio y los edificios apuntando hacia arriba como sucios dedos grises en torno a las prístinas y ondulantes capas de nieve que cubrían el césped.

La nieve era reciente y oía crujir bajo mis pies, amortiguando mis pisadas. La ausencia de color en el parque aguzaba mis otros sentidos y notaba el roce del aire helado sobre mi piel como si fuera el tacto de algún ser sobrenatural y gélido. Mi aliento se convertía en vaho que se alzaba frente a mí como volutas de humo y el aire frío me quemaba la garganta.

Llevaba un mes corriendo a diario, desde que encontré el libro de Dominik en la Shakespeare & Co. de Broadway. Lo leí de forma apresurada, aprovechando los raros momentos en que me encontraba sola en casa, para evitar la mirada vigilante de Simón.

Me resultó extraño leer la novela de Dominik. La heroína se parecía mucho a mí. Había incluido en sus diálogos algunas de nuestras conversaciones, describía escenas de mi infancia

que yo le había contado, hablaba de lo asfixiante que era la vida cuando crecías en una ciudad pequeña y de mi deseo de marcharme de allí. ¡Si hasta era pelirroja!

A lo largo de todo el texto reconocí la voz de Dominik con toda claridad. Sus giros particulares, referencias a sus lecturas y a la música que le gustaba.

Habían transcurrido dos años desde que rompimos. Tuvi- mos un terrible malentendido, yo me dejé dominar por el orgullo y corté, cosa que aún hoy lamento. Cuando volví a su apartamento para intentar aclarar las cosas, él ya se había marchado. Miré por la rendija de debajo de la puerta y vi una habitación vacía y el correo amontonado en el suelo. Desde entonces no supe nada de él.

Hasta ese día en que fui a Manhattan a comprarme unas zapatillas para correr y vi su novela en el escaparate de una librería. Curiosa, la abrí para hojearla y quedé alucinada al encontrarme con que, a pesar de nuestra relación tempestuosa y de la amarga separación, me la había dedicado a mí: «A S. Siempre tuyo».

Desde entonces no era capaz de pensar en otra cosa.

Correr era mi forma de expulsar los sentimientos de mi cuerpo. Especialmente en invierno, cuando el suelo estaba cubierto de nieve y las calles más tranquilas de lo habitual. En invierno, Central Park era como un desierto helado, el único lugar en el que podía escapar de la cacofonía de la ciudad durante una hora.

También me ofrecía un poco de espacio para pensar, lejos de Simón.

Él seguía estando al frente de la Gramercy Symphonia, la orquesta en la que nos conocimos.

Hacía tres años que me incorporé a la sección de cuerdas, en la que tocaba el violín Bailly que en su día me regaló Dominik. Simón era el director de la orquesta, y bajo su tutela mi forma de tocar había mejorado muchísimo. Fue él quien me animó a probar como solista, me presentó a una agente; ahora

ya tenía a mis espaldas unas cuantas giras y un par de discos publicados.

Nuestra relación empezó siendo profesional, aunque reconozco que en algunas ocasiones hubo cierto coqueteo en los inicios. Sabía que Simón estaba enamorado de mí e hice muy poco para desanimar sus sentimientos, pero no ocurrió nada entre nosotros hasta que me peleé con Dominik. Yo estaba de gira, no tenía casa propia y el apartamento de Simón, cercano al Lincoln Centre, con el espacio de ensayo incorporado, parecía la opción obvia, más fácil y práctica que un hotel.

Pero Dominik desapareció y un par de noches con Simón se convirtieron rápidamente en un par de años.

Me dejé llevar con mucho gusto. Simón era una persona de trato fácil y yo le tenía cariño, incluso lo quería. Nuestros amigos recibieron con entusiasmo la idea de que fuéramos pareja. Tenía mucho sentido, el joven director virtuoso y su prometida violinista. Tras años de soltería voluntaria o de relaciones con hombres de los que mis amigos y familiares sospechaban que no eran para mí, de pronto encajé.

Me sentí aceptada. Normal.

La vida transcurría en una continua secuencia de ensayos y actuaciones, estudios de grabación, la emoción de sacar mi primer disco y luego un segundo. Fiestas íntimas, navidades y comidas de Acción de Gracias en compañía de amigos y parientes. Incluso aparecimos en un par de artículos en revistas que nos calificaban como la gran pareja musical de Nueva York. Nos habían fotografiado en el Carnegie Hall después de un concierto, de la mano, yo con la cabeza apoyada en el hombro de Simón, mi cabello pelirrojo y rizado entre sus mechones oscuros. Llevaba un vestido largo de terciopelo negro con la espalda escotada.

Era el vestido que me puse para Dominik la primera vez que toqué para él –Vivaldi, *Las cuatro estaciones*– en el cenador del parque de Hampstead Heath.

Dominik y yo habíamos hecho un trato. Él me compraría un violín nuevo —el mío se rompió en una pelea en la estación de metro de Tottenham Court Road— a cambio de una actuación en el parque y otra más privada en la que toqué para él totalmente desnuda. Era una petición descarada viniendo de un desconocido, pero la idea me excitó de un modo que en aquellos momentos no fui capaz de explicar. Dominik vio en mí algo que yo desconocía. Una sensualidad y un morbo que yo ni siquiera había empezado a explorar. Una parte de mí que desde entonces me había causado tanto placer como dolor.

Fiel a su palabra, Dominik reemplazó mi viejo violín maltrecho por un Bailly, el instrumento con el que aún tocaba en mis conciertos, aunque tenía otros de reserva para ensayar.

Simón había querido comprarme uno nuevo. Él prefería los violines modernos, con un tono más limpio, y pensaba que debería probar un sonido más nítido para variar. Yo tenía la impresión de que lo único que quería era que me deshiciera de todo lo de Dominik que seguía presente en mi vida. Había recibido tantas ofertas de productores musicales y fabricantes de instrumentos que hubiera podido reemplazar el Bailly diez veces.

Pero con el regalo de Dominik me sentía muy cómoda. Ningún otro instrumento tenía el mismo tono ni el peso ideal con el que este descansaba en mi mano encajando perfectamente bajo mi barbilla. No puedo evitar pensar en Dominik cuando toco el Bailly, llego a ese lugar que solo alcanzo cuando interpreto mejor. Allí mi cuerpo se impone a mi mente, que se retira a un ensueño en el que la música cobra vida y yo no tengo que tocar más, solo que experimentar mi sueño mientras mi mano mueve el arco sobre las cuerdas por mí.

En mi carrera pasé junto a una mujer que se me quedó mirando con expresión sorprendida. Iba vestida con una

chaqueta gruesa con la capucha bien ajustada en torno a la cara para protegerse del frío y empujaba un cochecito de un color azul intenso con un bebé bien abrigado dentro. Otro corredor equipado de pies a cabeza con ropa térmica con bandas reflectantes me dirigió una mirada de complicidad al cruzarnos.

Por Navidad, entre otros regalos, Simón me había comprado ropa para correr. Quizá fuera un indicio de que tenía pensado dejar de darme la lata para que me apuntara a un gimnasio. Simón no soportaba que hiciera *footing* en Central Park, sobre todo a primera hora de la mañana o a última de la tarde. Citaba las estadísticas de mujeres corredoras en Central Park y la probabilidad de que las atacaran. Por lo visto, tenías más posibilidades si eras rubia, llevabas una cola de caballo y corrías un lunes alrededor de las seis de la mañana. Le dije que eso prácticamente me descartaba: soy pelirroja y los lunes nunca estoy levantada a las seis, pero él seguía fastidiándome.

Me había regalado un par de guantes térmicos de marca, unos pantalones largos, camiseta y chaqueta a juego y las zapatillas más caras del mercado aunque yo acababa de comprarme unas.

–Corres por el hielo, resbalarás –me dijo.

Yo me ponía las zapatillas para contentarlo, aunque cambié los cordones blancos por unos rojos para dar un toque de color. Y también me ponía los guantes. Pero casi siempre dejaba la chaqueta térmica en casa. Prefería correr solo con camiseta, incluso en invierno. Al principio el frío era terrible. El viento me cortaba la piel como una cama de clavos, pero no tardaba en entrar en calor y me gustaba la sensación del aire fresco y el viento frío que me animaba a correr más rápido.

Llegaba a casa con la piel inevitablemente colorada y a veces con los dedos hinchados a pesar de los guantes, como si el frío me hubiese quemado.

Simón me tomaba entre sus brazos y me besaba para darme calor, me frotaba los brazos y hombros desnudos hasta que me dolía la piel.

Era un hombre cálido en todos los sentidos, desde su piel color café, cortesía de su herencia venezolana, hasta sus grandes ojos castaños, su cabello fuerte y rizado y su corpulencia. Medía casi un metro noventa y había ido ganando peso desde que vivíamos juntos. No estaba gordo, ni mucho menos, pero el hecho de cenar juntos y compartir botellas de vino en el sofá mientras veíamos un DVD lo habían hecho pasar de delgado a fornido; la ligera redondez de su cuerpo le añadía un aire de ternura. Tenía el pecho cubierto de una masa espesa de vello oscuro por el que me encantaba pasar las manos cuando yacíamos juntos en la cama después de hacer el amor.

Tenía un aspecto manifiestamente masculino y una forma de ser muy cariñosa. Los dos años que estuvimos juntos habían sido como relajarse en un baño de burbujas. Entablar una relación con él fue como llegar a casa después de una larga jornada de trabajo y ponerse un pijama de franela y unos calcetines viejos. No hay nada como la compañía de un hombre que te ama total e incondicionalmente. Con Simón me sentía cuidada, protegida, tranquila.

Pero también me aburría.

Me las había arreglado para aplacar el trasfondo de descontento en nuestra relación con una gran cantidad de pasatiempos. Tocando el violín como si cada una de mis actuaciones fuera la última. Corriendo la maratón de Nueva York. Corriendo y corriendo, huyendo continuamente pero regresando siempre a casa.

Hasta que leí el libro de Dominik.

Desde entonces oía su voz en mi cabeza de forma casi constante.

Primero, a través de las palabras de su novela, como si en lugar de leerla estuviera escuchando un audiolibro.

Después los recuerdos afluyeron como una marea.

El sexo fue determinante en nuestra relación, pero no se parecía al sexo cotidiano y amoroso que tenía con Simón.

Dominik era un hombre con deseos más oscuros que los de la mayoría y estar con él fue como tener una luz encendida en mi vida. Con Dominik había disfrutado muchísimo haciendo realidad unas fantasías que antes ni siquiera imaginé. Me pidió que hiciera para él cosas que otras personas ni siquiera se atrevían a pronunciar en voz baja. Más que por osadía, lo hice por su insistencia para que le dejara utilizar mi cuerpo y obtener placer, por someterme a él en un juego extraño, más mental que físico, en el cual ambos éramos cómplices, aunque a cualquier persona ajena pudiera parecerle que yo le permitía que me dominara.

Desde el punto de vista sexual, Simón era prácticamente lo opuesto a Dominik. Le gustaba que yo me pusiera encima, y me pasaba gran parte de las noches cabalgando sobre él, intentando evitar que mi mente vagara y soñara despierta con el trabajo y las listas de la compra, o quedarme mirando fijamente el blanco satinado de la pared del cabecero.

El teléfono vibró en el bolsillo de mi pantalón y me sobresaltó tanto que casi resbalé sobre un trecho de suelo helado. Pocas personas tenían mi número y no recibía llamadas a menudo. Normalmente me llamaba Simón o mi agente, Susan, y Simón sabía que estaba corriendo, por lo que era poco probable que fuer a él a menos que quisiera que le llevara algo para desayunar, una de esas rosquillas azucaradas que le gustaba mojar en el café de la tienda de la esquina de Lexington con la 56.

Me apresuré a quitarme un guante dando tirones. Tenía los dedos tan helados que a duras penas podía sujetar el teléfono. Era un número de Nueva Zelanda, que yo no tenía en mis contactos.

Pulsé la tecla para responder con cierta inquietud. Rara vez hablaba por teléfono con mi familia. No éramos del tipo

de personas que se comunican con frecuencia y preferíamos utilizar el correo electrónico o Skype. Y además, en Nueva Zelanda ya sería de noche.

-¿Diga?

-¡Hola, Sum! ¿Cómo te va?

-¿Fran?

-¡No me digas que ha pasado tanto tiempo que ya no reconoces mi voz, hermanita!

-Pues claro que te reconozco, lo que pasa es que no esperaba que fueras. ¿Qué hora es allí?

-No podía dormir. He estado pensando.

-No lo tomes por costumbre.

-Quiero ir a hacerte una visita.

-¿A Nueva York?

-Para serte sincera preferiría que fuera en Londres, pero en tiempos de guerra cualquier hoyo es trinchera. Me estoy aburriendo de Te Aroha.

Nunca me había imaginado que oiría esas palabras de boca de mi hermana mayor. Ella destacaba en nuestra ciudad natal, Te Aroha, y aunque a mí no me parecía una persona de las que les gustan las ciudades pequeñas, había vivido allí toda su vida, casi treinta años. Trabajaba en el banco local desde que dejó el instituto. Llevaba unos doce años en el mismo trabajo. Empezó como cajera, la ascendieron a jefa de equipo y luego a consejera financiera, aunque no había recibido ninguna formación profesional aparte de la que ofrecía la empresa. Yo era la única de la familia que había ido a la universidad, aunque la dejé después del primer año.

Me resultó fácil imaginármela. Para mí era sábado por la mañana, de manera que para ella sería bien entrada la noche. Estaría sentada en su casita de campo, vestida con unos vaqueros cortos y una camiseta de color neón con desgarrones, al estilo punk de los ochenta, y sin parar quieta, como hacía siempre, pasándose la mano por el pantalón, por el cabello corto teñido de rubio o enroscándose un mechón del

flequillo en un dedo. Allí estaban en pleno verano, por lo que probablemente hacía calor, aunque en su casa había mucha corriente y en Te Aroha el aire siempre parecía frío, como si toda la ciudad viviera a la sombra de la montaña.

–¿A qué se debe todo esto? –le pregunté–. Creía que te quedarías allí para siempre.

–No hay nada que dure eternamente, ¿no es cierto?

–Sí, bueno, pero para ti es un cambio de actitud. ¿Ha ocurrido algo?

–No sé si debería contártelo. Mamá me dijo que no te lo dijera.

–¡Oh, por favor!, pues ahora vas a tener que hacerlo. No puedes dejarme en ascuas.

Había aminorado el ritmo a un paso rápido y, al no contar con la velocidad de la carrera que me impulsaba por el hielo, estaba resbalando con cada paso y congelándome sin el calor que me proporcionaba el ejercicio intenso. Sin el guante, los dedos de la mano se me habían enrojecido de frío y empezaban a dolerme.

–Fran, estoy en medio de Central Park y la temperatura es de varios grados bajo cero. Necesito empezar a correr otra vez y no puedo hablar al mismo tiempo, así que suéltalo ya y te llamaré cuando llegue a casa.

–El señor Van der Vliet ha muerto.

Pronunció las palabras con suavidad, como si estuviera soltando un arma con cuidado.

–Tu profesor de violín... –añadió, llenando el silencio entre las dos.

–¡Ya sé quién es!

Me detuve por completo y dejé que la gelidez del aire me envolviera como una manta de acero.

Fran guardó silencio al otro lado de la línea.

–¿Cuándo? ¿Qué ocurrió? –pregunté al fin.

–No lo saben. Encontraron su cuerpo en el río, donde murió su esposa.

La esposa del señor Van der Vliet murió el día que yo nací. La mujer iba conduciendo por Karangahake Gorge de vuelta a casa desde Tauranga y las ruedas del coche patinaron en la lluvia, no calculó bien una de las curvas cerradas y chocó contra un camión que circulaba en sentido contrario. Al conductor del otro vehículo no le pasó nada, ni siquiera un rasguño, pero el coche de la señora Van der Vliet dio una vuelta de campana, se precipitó por un lado de la peligrosa carretera y cayó al río. La mujer se ahogó antes de que alguien pudiera salvarla.

—¿Cuándo? —La palabra se me atascó en la garganta como un bocado de algodón en rama.

—Hace casi dos meses —susurró Fran—. No queríamos decírtelo. Pensamos que podría alterarte, afectar tus actuaciones. Mamá y papá no querían que lo dejaras todo por venir a casa para el funeral.

—Hubiera ido.

—Ya lo sé. ¿Pero qué más da? Estaría muerto igualmente, tanto si hubieras estado aquí como si no.

Fran, al igual que la mayoría de los neozelandeses que conocía, era una persona práctica y pragmática. Pero su lógica implacable no impidió que tuviera la misma sensación que si un tornillo de banco me atenazara el corazón.

El señor Van der Vliet tendría ya más de ochenta años y creo que no superó nunca la muerte de su esposa. Aunque era un hombre tranquilo y modesto, había sido como un puntal en mi niñez. Su voz, que aún poseía un marcado acento holandés a pesar de vivir en Nueva Zelanda casi toda su vida adulta, era suave pero firme cuando corregía mi forma de sujetar el arco o me elogiaba por una buena interpretación.

Había aprendido gran parte del arte de tocar el violín observándolo a él. La manera en que su cuerpo alto y excesivamente delgado cobraba vida y gracia cuando tomaba un instrumento. Tocaba como si hubiera cruzado una puerta a otro lugar, se convertía en un hombre completamente

distinto, sin rastro de su torpeza habitual. Yo había intentado imitar la forma en que parecía vivir él la música y no tardé en descubrir que si cerraba los ojos y absorbía la melodía con mi cuerpo podía tocar mucho mejor que si me limitaba a leer la partitura.

El señor Van der Vliet no fue por quien yo empecé a tocar. Los responsables fueron mi padre y sus discos de vinilo. Pero sin duda Hendrik Van der Vliet fue quien me hizo continuar. Aparentaba ser un hombre muy severo, pero tenía una parte tierna que afloraba de vez en cuando, y yo había pasado gran parte de mi niñez y mi adolescencia haciendo todo lo posible por suscitar sus raros halagos, practicando y practicando hasta tener los dedos en carne viva.

–¿Summer? ¿Sigues ahí? ¿Estás bien?

Sus palabras sonaban como un eco.

–Fran, volveré a llamarte, ¿de acuerdo?

Pulsé la tecla de fin de llamada y volví a meter el teléfono en el bolsillo del pantalón a toda prisa sin esperar a que respondiera.

Me puse los auriculares y subí el volumen de la música. Era «Fight like a girl», de Emilie Autumn, algo que el señor Van der Vliet hubiera aborrecido. Él siempre me empujaba hacia la música clásica y quedó decepcionado cuando abandoné la carrera de música y me mudé a Londres.

Se me llenó la cabeza de imágenes de su rostro bajo el agua. ¿Habría tenido un accidente? ¿Un ataque al corazón, casualmente en el mismo lugar en el que murió su esposa? Tenía mis dudas al respecto. Que yo supiera, el señor Van der Vliet nunca había sufrido ni un simple resfriado, no me lo imaginaba enfermo. Debía de haber una decisión deliberada, aunque no era de la clase de personas que saltan a un río. Eso sería demasiado un acto espontáneo. Él hubiera optado por irse de un modo definitivo, teniendo pleno control de su muerte en todo momento. Él se hubiera metido en el agua.

Podía verlo como si una película se desarrollara frente a mí. Se habría puesto su mejor traje. Quizá el que llevó al concierto que hice en el salón de actos del instituto de Te Arhoha hacía un par de años, cuando fui de visita durante mi gira en solitario por las antípodas. Una camisa blanca con un chaleco verde oliva oscuro, pantalones y chaqueta. Parecía un saltamontes, con los miembros flexionados con incomodidad para encajarse en los límites de las pequeñas sillas de madera que se habían dispuesto en la sala. Tenía la piel fina como el papel, como si la brisa pudiera hacerlo susurrar como una hoja.

Él se habría metido en el agua sin más, relajado. Lo habría hecho a última hora de la noche o a primera de la mañana, antes de que el río se llenara de veraneantes, excursionistas y niños con barcas hinchables decididos a surcar la corriente hasta Paeroa, donde el Ohinemuri confluye con el Waihou.

El señor Van der Vliet debía de ser una de las pocas personas de Nueva Zelanda que no sabía nadar. Decía que nunca había querido aprender, que siempre prefirió la comodidad de la tierra seca incluso en verano. Con su falta absoluta de tejido adiposo se hubiera hundido como una piedra hasta el fondo del río.

Cuando llegué a casa las lágrimas me corrían suavemente por las mejillas. La noticia de la muerte del señor Van der Vliet me había entristecido, sobre todo el hecho de no enterarme del funeral, no había tenido ocasión de despedirme y darle las gracias por todo lo que hizo por mí.

Simón estaba sentado en uno de los taburetes frente a la barra de la cocina leyendo el periódico. Su cabello largo y abundante le enmarcaba el rostro como una cortina. Llevaba puestos un par de vaqueros desgastados y una camiseta de Iron Maiden, deleitándose como siempre en la oportunidad de vestirse de manera informal, de salir de las limitaciones

de su frac de director de orquesta con el que a mí me parecía que estaba guapísimo –era un cruce entre un hombre lobo y un vampiro– y que él detestaba porque consideraba que constreñía igual que una camisa de fuerza.

Cuando entré en la habitación se volvió hacia mí, se puso de pie y me estrechó entre sus brazos.

–Ha llamado Fran –dijo–. Lo siento muchísimo, cariño.

Me incliné hacia él y hundí la cabeza en su hombro. Olía como siempre, a nuez moscada y canela, las fragancias que perfumaban la colonia que usaba desde que lo conocí. Era un olor intenso, a madera, un aroma que yo había empezado a asociar con el confort y con la sensación de su cálido abrazo.

–Pensaba que no tenía nuestro teléfono –comenté sin entusiasmo.

–Se lo di en Navidad.

Simón estaba mucho más centrado en la familia que yo. Con sus hermanos siempre andaban como perros y gatos, y de vez en cuando también se peleaba con sus padres, aunque hablaba con ellos al menos una vez a la semana. Yo tenía muy buena relación con mi familia pero podía pasar perfectamente seis meses sin tener noticias.

Alcé la mirada y le di un beso. Tenía unos labios carnosos y casi siempre también un poco de barba. Simón reaccionó al tacto de mis labios besándome con firmeza y empujándome con suavidad hacia el dormitorio a la vez que metía las manos por debajo de mi camiseta de correr y tiraba de los gruesos corchetes de mi sujetador deportivo.

Simón había aprendido una de mis peculiaridades: cuando estaba disgustada, siempre y cuando no fuera con él, lo que más quería era sexo. Sabía que era una manera extraña de consuelo propia de mí y quizá de solo una pequeña minoría de la población femenina. El sexo me mantenía los pies en la tierra como ninguna otra cosa, y era lo único del mundo, aparte quizá de tocar el violín, que me hacía sentir en paz.

Me bajó los pantalones de correr y deslizó un dedo dentro de mí. Una conocida oleada de placer me recorrió la espalda en respuesta a su tacto.

–Debería darme una ducha –protesté–.Estoy toda sudada.

–No, no deberías –replicó él con firmeza, y me echó sobre la cama–. Ya sabes que me gustas así.

Era cierto, e intentaba dejarlo muy claro a menudo. A Simón le gustaba tal como era, fuera como fuera, un hecho que reiteraba con frecuencia despertándome con la cabeza entre mis piernas o abalanzándose sobre mí cuando volvía del gimnasio.

Era un hombre apasionado al que le encantaba hacer el amor y que hacía todo lo posible por complacerme, pero teníamos gustos distintos en la cama aunque ambos preferíamos no asumir el control.

No era un hombre dominante y yo echaba de menos esa pizca de frialdad, la firmeza del tacto de Dominik y de otros hombres que se comportaban como él. Quería que me ataran a la cama y que dieran rienda suelta a su voluptuosidad conmigo. Simón lo intentaba, pero nunca había sido capaz de reconciliarse con la idea de que podría hacerme daño de verdad. Decía que no podía golpear o dominar a una mujer ni siquiera en broma, y eso descartaba los azotes, una de las prácticas con las que yo más disfrutaba.

Era un buen hombre. Yo tenía claro que ponerme encima era mucho más su estilo que no al revés, y yo lo hacía porque él pensaba que me gustaba más. El hecho de haberme pasado toda nuestra relación con un sentimiento persistente de insatisfacción me provocaba una culpabilidad constante, como una herida que no se curaba, un picor que no podía rascarme.

Lo que yo más deseaba era ser la clase de mujer que estaría contenta con todas las cosas habituales. Tenía incluso más de lo habitual. Simón no solo era bueno, era un hombre maravilloso; ambos gozábamos de buenas amistades, buena salud

y, por si fuera poco, éxito en nuestras profesiones. Pero aun así, una voz me susurraba al oído que la vida que llevaba no era la que yo quería, ni la que me convenía.

Simón quería casarse y tener hijos, yo no. Era la única cuestión en la que no estábamos en absoluto de acuerdo y que no habíamos sido capaces de resolver, y a mí me acometía una sensación punzante de horror cada vez que lo veía mirando anillos de compromiso del escaparate de una joyería o sonriéndole a un niño pequeño con el que se topara en la calle. Todas las cosas que le harían feliz y contento para siempre eran las que a mí me aterrorizaban, y a altas horas de la noche, cuando no estaba distraída con el trabajo, eventos sociales o corriendo en el frío, me sentía como si alguien me hubiera colgado un peso de hierro en torno al cuello, o como si tuviera una aureola sobre mí tan pesada que no podía mantenerla derecha. A veces tenía la sensación de que acabaría aplastada bajo el peso de mi propia vida.

**T**ranscurrieron dos semanas y mis sueños estaban llenos de agua rompiente y del sonido de la voz de Dominik.

Me despertaba por las mañanas con un sobresalto, como si un león me arrancara a la fuerza de mi sueño.

Pese a mis temores y preocupaciones, pasó el tiempo. Corría a diario, ensayaba y asistía a veladas con otras parejas, la mayoría de ellas pertenecientes al ambiente de la música. Sin embargo, me sentía falta de todo propósito, como un barco sin timón, como si mi vida se estuviera hubiera ido desintegrando paulatinamente.

Fran siguió llamando de vez en cuando, de día o de noche. Pensé que lo hacía para comprobar cómo me encontraba, a su manera. Siempre habíamos estado unidas pero ninguna de las dos era abiertamente sentimental y la mayoría de nuestras conversaciones duraban solo unos minutos. Continuaba decidida a irse de Te Aroha. Dijo que había presentado su

dimisión en el trabajo y solicitado el visado para el Reino Unido.

Teníamos ascendencia británica, por lo que éramos afortunadas en ese aspecto. Mis abuelos eran ucranianos por una parte e ingleses por la otra. Éramos pioneros, viajeros por ambos lados. El deseo de estar siempre viajando a lugares desconocidos corría con fuerza por nuestras venas.

–Entonces, ¿no vas a venir a Nueva York? –le pregunté una noche después de que me contara que había reservado el vuelo al Reino Unido.

–Creo que llevo Londres en la sangre. De todos modos, no puedo conseguir un visado para Estados Unidos.

–Puedes vivir conmigo, no hace falta que vengas a buscar trabajo. Ven como turista.

–No seas ridícula. Sabes tan bien como yo que no duraría ni un minuto si no puedo ganarme el sustento, y a ti te pasaría lo mismo.

–Está bien. Pero vendrás a visitarme, ¿no?

–Por supuesto. ¿Y tú vendrás a verme a Londres?

–Claro que sí. Tengo pendiente una visita.

Cuando más pensaba en ello, más lo echaba de menos. El clima frío, la tenebrosidad de los edificios antiguos, calles que llevaban aquí, allá y a todas partes, caminos que recorrían la ciudad como tentáculos a diferencia de las manzanas cuadradas que bordeaban con rigidez las avenidas en Nueva York.

Había vuelto una vez desde que estaba con Simón, pero solo fue para una visita relámpago puesto que ambos estábamos trabajando. Me mantenía en contacto con Chris, mi mejor amigo al que conocí cuando llegué a Londres. Su banda, los Groucho Nights, estaba empezando a tener éxito. Una noche, en una fiesta, él y su primo Ted, el guitarrista de la banda, conocieron a Viggo Franck, el cantante de The Holy Criminals, y enseguida hicieron buenas migas. Después les habían ofrecido la oportunidad de actuar como teloneros de

la famosa banda de rock en la Brixton Academy, la clase de actuación con la que las bandas como la de Chris se pasaban la vida soñando.

De hecho, Chris y yo nos conocimos en aquel mismo local, en la primera fila de un concierto de los Black Keys. Yo fui sola porque no conocía a nadie y me choqué con él al saltar para recoger la púa de la guitarra del cantante. Él, que siempre fue un caballero, dejó que me la quedara y yo lo invité a una copa después del concierto para agradecerse. Nos unió el hecho de que los dos acabábamos de llegar a Londres y de que ambos tocábamos un instrumento de cuerda. Yo el violín y él la viola, aunque se había pasado a la guitarra como para atraer al público roquero. Yo toqué alguna que otra vez con su banda, cuando la música permitía incluir a un violinista.

Decidí llamarlo. En Londres ya sería tarde, pero Chris era músico, estaría despierto.

Respondió con voz soñolienta.

–¡No me digas que estabas durmiendo! No es muy propio de una estrella del rock como tú.

–¿Summer?

–La misma. ¿Qué hay de nuevo?

Oí el frufrú de las mantas cuando se incorporó, supuse que aún en la cama.

–Conseguimos la actuación.

–¿Con The Holy Criminals? Increíble. ¿Tuviste que acostarte con Viggo Franck para conseguirlo?

–No seas idiota.

–Dime, ¿cómo es?

–¿Viggo?

–Pues claro que Viggo. El batería no me gusta, eso seguro.

–Te gustaría. A todas las chicas parece gustarles. La verdad es que no lo entiendo. Pero bueno, ese es el problema de ser el tipo simpático, ¿no? Siempre el amigo, nunca el novio. Son los cabrones los que se lo llevan todo.

–Simón es un tipo simpático –le dije en broma.

–Sí, lo es –su tono de voz se volvió serio de pronto–. Pero, ¿eres feliz con él?

Me quedé callada porque no sabía cómo expresarlo. ¿Cómo iba a confesarle a nadie que estaba considerando romper con el chico más encantador del mundo porque era demasiado encantador?

–¿Qué pasa, Summer? Nunca llamas para charlar.

–No lo sé. No estoy del todo bien. Mi profesor de violín murió. El señor Van der Vliet. No sé si te hablé alguna vez de él.

–Sí, lo hiciste. Pero ya estaba un poco viejo, ¿no? Disfruté de una larga vida. Y estaba orgulloso de ti.

–Creo que igual se suicidó. –Me salieron las palabras precipitadamente y con incomodidad.

–¡Oh! Lo siento mucho... ¿Estás bien?

–La verdad es que no... Yo... No sé cómo estoy. Sólo quería oír tu voz.

–Bueno, pues aquí estaré siempre que me necesites, ya lo sabes.

–Sí, lo sé. Pues buena suerte con vuestro concierto. ¿Será pronto?

–El mes que viene. Aunque te echaremos de menos. Nunca ha sido lo mismo sin ti.

–¡Bah! Tonterías.

–No, es verdad. Tú aportabas algo. Mira, puede que ya fuéramos todos famosos si no te hubieras marchado.

Cuando llegué a casa aquella noche ya era tarde y Simón estaba levantado esperándome, sentado frente a la barra de la cocina con sus largas piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Estaba encorvado y miraba fijamente el banco, aunque no tenía ningún periódico delante. Había algo en la barra. Un libro, pero no estaba abierto. Al acercarme, me di cuenta con horror de que era el de Dominik.

Simón no se levantó de un salto para recibirme como solía hacer. Me miró, parecía envuelto en un pesado velo de agotamiento.

–Hola –dije yo para romper el hielo.

Él levantó la vista y me sonrió con languidez. Su mirada era afable, pero tenía el mismo aire de un caballo enfermo que viera acercarse a su amo con una escopeta.

–Hola, cariño –dijo–. Dame un abrazo.

Extendió los brazos y me acerqué para que me estrechara en ellos. Estaba llorando. Apoyada contra su hombro, noté las sacudidas de su pecho y las lágrimas me humedecieron el cuello.

–¿Qué pasa? –le pregunté con dulzura.

–Aún estás enamorada de Dominik. –Era la exposición de un hecho, no una pregunta.

–Hace dos años que no nos vemos –repuse.

–Pero no niegas que estás enamorada de él.

–Yo...

Señaló con un gesto el libro que había sobre la mesa.

–Es sobre ti. Otro lugar, otra época, pero aun así eres tú.

–¿Lo has leído?

–Lo suficiente. Lo siento, sé que no debería haber mirado tus cosas, pero últimamente no eres la misma. Estaba preocupado.

–No pasa nada. No tendría que haber guardado el libro.

Había intentado tirarlo, consciente de que siempre cabía la posibilidad de que Simón lo encontrara. No era que no confiara en él. Pero tenía la costumbre de intentar retenerme como si supiera que, en cierto modo, yo no le pertenecía, como si siempre estuviera tratando de encontrar pruebas de que en realidad no lo amaba. Yo lo quería, pero era un afecto profundo más que un amor romántico.

Me puso la mano en la barbilla y me apartó un mechón de pelo de la cara.

–Esto no va a funcionar nunca –dijo.

–¿Qué quieres decir?

Un dolor sordo empezó a invadirme el pecho.

–Queremos cosas distintas, Summer. Yo te quiero, pero nunca serás feliz conmigo. Y me pasaré el resto de mi vida intentando retener algo que nunca tuve.

–No seas tonto –protesté, y un deje de pánico se hizo evidente en mi voz–. No es más que un libro, no significa nada. Podemos discutirlo tranquilamente, encontrar una forma...

–Yo quiero tener hijos, una familia, y tú no. Ya sabes lo que dicen: un pájaro y un pez pueden enamorarse, pero ¿dónde construirán su nido?

Balbuceé intentando encontrar un motivo para discrepar, pero no había ninguno.

–He hablado con Susan –continuó.

–¿Le has contado a mi agente que ibas a romper conmigo antes de decírmelo a mí?

Noté que me sonrojaba y, en ausencia de lágrimas, la furia borbotó en mi interior. Apreté los puños y lo empujé en el pecho. Él me agarró las muñecas y me sujetó contra sí.

–Por supuesto que no. Solo estaba sugiriendo que necesitas un respiro. Me doy cuenta de que te estás aburriendo, frustrando. Hasta el mejor de los músicos necesita unas vacaciones, un cambio.

Eso tampoco podía discutírselo. Llevaba años tocando las mismas melodías una y otra vez, incluso vistiendo la misma ropa en los conciertos. Empezaba a aburrirme. En realidad estaba harta, hastiada. Incluso el disco que acabábamos de grabar de melodías sudamericanas lo había hecho sin ganas, no suscitaba en mí la misma pasión que tenía por los compositores neozelandeses o incluso por los temas roqueros que solía tocar con Chris cuando improvisaba con ellos en los bares y pubs de Camden. Supongo que ese es el problema cuando empiezas a ganar dinero con algo que amas. La música se había convertido en mi carrera y, poco a poco, en mi trabajo, y estaba empezando a cansarme.

–¿Quieres que me marche de casa?

–No, yo quiero tenerte a mi lado para siempre. Pero eso no va a resultar bien para ninguno de los dos –respondió con un tono insulso–. Yo sí me voy a tomar un descanso. Me iré a Venezuela a pasar unos quince días para ver a mi familia. Mi avión sale por la mañana. Dejaré que decidas lo que quieres hacer.

Aquella noche volvimos a hacer el amor, y luego otra vez, en mitad de la noche cuando me despertó con un beso salvaje a las tres de la madrugada y me folló con un ímpetu que no había demostrado hasta entonces. Pasamos las pocas horas previas a su vuelo abrazados, hablando y riendo como viejos amigos.

–¡Ojalá pudiera ser siempre así! –comenté cuando se desenredó de mí para empezar a preparar su marcha.

–Creo que ninguno de los dos somos la persona adecuada para el otro –dijo–. Lo que pasa es que no quería admitirlo. Nos gusta que las cosas sigan igual...

Lo observé mientras se vestía, mientras se ponía los vaqueros desgastados directamente, sin ropa interior. Su cabello castaño y tupido le tapaba la cara mientras se abrochaba el cinturón y se ajustaba la calavera de plata que adornaba la hebilla. Flexionó los músculos para ponerse una camiseta blanca ceñida que ocultó la espesa mata de vello de su pecho. Añadió una cadena con un colgante de plata en forma de pluma que yo le había regalado el año anterior por Navidad y se la abrochó en torno al cuello. Le encantaba la ropa; nunca había conocido a ningún hombre al que fuera tan fácil hacerle regalos.

Se sentó en el borde de la cama para calzarse sus botines de piel de serpiente con suelas rojas y le rodeé la cintura con los muslos.

–No puedes quedarte así agarrada para siempre, ¿sabes? –dijo–. No acabaré nunca de ponerme los zapatos.

Me dio otro beso largo frente al taxi que había pedido para que lo llevara al aeropuerto y me abrazó hasta que el conductor empezó a impacientarse.

–No te hagas de rogar. Mantente en contacto.

–Lo haré –repuse.

Y me quedé mirando el coche que se alejaba y se llevaba a Simón de mi vida.

Volví a entrar en el apartamento arrastrando los pies y me senté a la barra de la cocina. El libro de Dominik aún estaba en medio del banco. Lo cogí y lo hojeé otra vez, leí por encima las líneas que hablaban de la heroína pelirroja, a la que era evidente que no le habían faltado amantes en París. Dominik y yo no habíamos sido capaces de seguir viviendo juntos. En el aspecto doméstico éramos totalmente incompatibles, pero en el sexual hacíamos una pareja perfecta. Y aunque parecía ridículo y terrible construir una relación basada en eso, tal vez lo que ocurría simplemente es que yo era así. Puedes intentar eludir tu naturaleza, pero al final siempre te alcanza.

«A S.»

«Siempre tuyo.»

Me pregunté si aún pensaba en mí. Si lo que había pasado era que le faltaba imaginación para crear una historia de la nada y se había visto obligado a depender de una biografía novelada con muy poco de ficción para conseguir una voz femenina adecuada, o si simplemente no había podido olvidarme, igual que yo tampoco podía quitármelo de la cabeza.

¡Oh, Dominik! ¿Cómo es que conseguiste seguir teniendo control sobre mi vida, después de dos años y a miles de kilómetros de distancia?

Apoyé la cabeza en los brazos y me puse a llorar, las lágrimas cayeron sobre las páginas del libro y las mojaron hasta que empezaron a arrugarse.

Media hora después, fui a por el teléfono y marqué un número.

En algún lugar de Camden Town sonó un teléfono.

Chris contestó.

–¡Caray, Summer! ¿Estamos una eternidad sin hablarnos y ahora me llamas dos veces en una semana?

–Voy a ir a Londres. Tomaré el próximo vuelo.

–Estupendo –dijo él, muy animado–. Llegarás justo a tiempo para nuestro concierto. Quizá hasta pueda convencerte para que vuelvas a estar en el escenario.

–¿Como en los viejos tiempos?

–Mejor. –respondió–. Mucho mejor.